3 de Agosto de 2008
Domingo XVIII T. Ordinario

Lectura del Santo Evangelio según San Mateo 14, 13-21

En aquel tiempo, al enterarse Jesús de la muerte de Juan, el Bautista, se marchó de allí en barca, a un sitio tranquilo y apartado. Al saberlo la gente, lo siguió por tierra desde los pueblos. Al desembarcar, vio Jesús el gentío, le dio lástima y curó a los enfermos.

Como se hizo tarde, se acercaron los discípulos a decirle: "Estamos en despoblado y es muy tarde, despide a la multitud para que vayan a las aldeas y se compren de comer." Jesús les replicó: "No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer." Ellos le replicaron: "Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces." Les dijo: "Traédmelos."

Mandó a la gente que se recostara en la hierba y, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente.

Comieron todos hasta quedar satisfechos y recogieron doce cestos llenos de sobras. Comieron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

SENTIR LÁSTIMA… ¿PARA QUÉ?

Ante muchas situaciones en nuestra vida sentimos lástima. Vale. Y después… ¿qué? Yo pienso hoy que la lástima puede ser el detonante que nos pone Dios en nuestra conciencia para que después nos movamos a la acción. Porque si sólo sentimos lástima y después no hacemos nada, es completamente inútil el tener lástima. Pero también reconocemos que en un mundo tan acostumbrado a las imágenes de sufrimiento en todos los medios, ya es algo el hecho de sentir lástima.

Jesucristo, en el Evangelio de hoy, nos da una lección magistral de vida de lo que es sentir lástima y las repercusiones que tiene en nuestras acciones posteriores.

Por lo pronto, rompe su descanso, hasta el luto. Está triste porque han decapitado a Juan Bautista. Necesita apartarse, rezar, llorar, buscar consuelo... Pero no; se fastidió el descanso. La gente que se entera da un rodeo enorme por tierra y llega hasta el lugar para oírle, para estar con Él.

Jesús podía haber dicho: «Oye, ya está bien, dejadme descansar. Todo el mundo tiene derecho a relajarse un poco. No os dais cuenta que no descanso ni un momento. Respetad mi dolor...». Hasta lo hubiéramos entendido.

Pero en lugar de pensar en Él mismo, mira a la gente (¡qué mirada más cariñosa al gentío!) y «sintió lástima». Y aquí comienza su proceder, su enseñanza: Comenzó a curar. Cada uno tiene su mal y su manera de curarse. Aunque hay un gran gentío cada uno tiene su toque particular, se sienten personalizados: con uno habla, al otro le impone las manos, bendice a otros, interpela al que lo necesita. Si buscan con tanto ahínco al Señor es porque se sienten comprendidos, necesitados, curados, amados. Es lo que nos pasa a nosotros actualmente con Él. Que sabemos que, como es Dios, quiere a todo el mundo; pero a la vez nos sentimos queridos y amados incluso en el detalle personalísimo que nadie conoce nada más que Él y sólo a Él se lo confiamos.

Después de curar, su lástima le hace ver que tienen hambre, necesitan comer. Para este gesto cuenta con la colaboración de sus seguidores: «Dadles vosotros de comer». Pero demasiado los conoce y sabe que no hay dinero para comprar provisiones para tantos. Ellos quieren desentenderse y miran sus escasas posibilidades: cinco panes y dos peces de un chaval que lo más seguro es que fuera de paso y se acercara a ver qué pasaba.

Entonces Él interviene y anima a trabajar y a colaborar. Se necesitan muchos brazos y mucho corazón para que todos coman: acomodar, organizar, compartir lo que se tiene, distribuir. El milagro es la multiplicación de los alimentos que hace directamente Jesucristo, pero hay un milagro también importante: la colaboración de todos, el compartir, que cada uno asuma su tarea y ponga al servicio de los demás sus cualidades. Hay un pequeño detalle que no se nos puede escapar: Jesús «alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición...». Con este gesto pasa el protagonismo al Padre.

Qué difícil es quitarnos el protagonismo de encima. Cualquier cosa que hacemos o en la que participamos le queremos estampar la firma enseguida. Queremos que se nos atribuya, buscamos con ansiedad el aplauso.

Nos quiere colaboradores suyos. A cada uno nos corresponde poner a disposición del Señor lo que somos y tenemos. Hay hambre material pero hay sobre todo, hambruna espiritual y anorexia de Dios. Tenemos cerca, hasta en nuestra familia personas solas, hambrientas de cariño, de comprensión, de compañía.

Volvemos a oír la invitación de Jesús: «Dadles vosotros de comer».

Sabemos que los relatos de multiplicación de panes y peces son también el preludio y anuncio de la Eucaristía. Jesús siente lástima de todos nosotros y nos brinda su pan, Él mismo, como alimento para todas nuestras necesidades, para todos nuestros vacíos.

Participar de la Eucaristía supone unirnos a Él y hacer lo posible para que nuestra lástima por nuestro prójimo se traduzca en ayuda desinteresada a los demás.

Alcemos nuestra mirada al cielo, bendigamos al Señor y... Él hará el resto.

*César **TOMÁS TOMÁS***
*Delegado Diocesano de **M.C.S.***